

Rada

Alexis Uscátegui Narváez

Docente Universidad Mariana

Primer puesto

Muy querida destinataria mía:
la saludo en este día, para pedirle que no me abandone
en este estado miasmático
en el que me encuentro. Luego de que usted decidió
reemplazarme por las acérrimas noches
que suelen inundar sus sueños, no he hecho otra cosa que inmolar
mi cuerpo a las estrellas; ellas no hacen otra cosa más que desgarrar
mi pecho para entumecer mi corazón.

Nunca imaginé que sus últimas palabras dejarían hollín en mis sentidos;
por eso mis manos están manchadas
de lo más incendiario de su ser. Sin embargo, haber compartido
con usted lo que hay más abajo del cielo fue apremiante, pues sería absurdo
negar que
maceramos nuestros labios hasta dejar tendido el aliento sobre la superficie
salina de la rada.

Así pasen los años y que las sombras que nos persiguen
sigan eclipsando nuestros solares ojos,
yo estoy convencido de que la vida se compone de dos polos:
el perceptible y el imperceptible, y que los acontecimientos
que no pueden percibirse son, con mayor tenor, más vivibles y palpables que
los que se
ven a simple vista.

Eso ha hecho de mí la poesía:
vivir en otro mundo que no es el ordinario, en un entorno de hilos
electrizantes que
confluyen con el ensueño.

He visto cómo el tiempo convierte en ruinas
todo lo que no es susceptible a permanecer en pie;
pese a esta circunstancia, no dudaré en continuar
empapando sus aposentos con mi sangre que dura más que la misma
plétora del silencio.

Yo me entrego a esa única duración,
a esa única evasión, a ese único asomo, a ese único aterrizaje sobre el glauco
lomo del cetáceo.

Suyo,
Signatario.